





Presenta

Colección  A sangre



Stonecraft: **Círculo imperfecto**

Víctor M. Ánchel

Créditos:

Stonecraft: Círculo imperfecto

Primera edición digital: junio 2016

Código: 9785400038635050086

Autor: Víctor M. Ánchel

Ilustración y diseño de portada: Víctor Santos

Prólogo: Rafael Marín

Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente

Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Edición: Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A

CP 50006 Zaragoza

www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (ww.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Aitana y Darío.
Este libro es vuestro.

Prólogo

La literatura fue al principio el misterio del mar y la curiosidad del viaje. Luego el hombre, y los libros, se asentaron en las ciudades, y la literatura se hizo urbana. Y conoció el miedo, porque nada hay más temible que los bosques de hormigón y oscuridad, la gente que es mucha y al mismo tiempo es nadie, la libertad del yugo literal de los aperos de labranza cambiada por la esclavitud del reloj y la sirena de la fábrica.

En las ciudades, la literatura se hizo sombra. Cada rincón, cada calle, tenía su código, tenía su tribu. Allí conoció el misterio. Daba lo mismo que fuera un destripador real que la prensa amarilla del momento aupó a la categoría de mito que un orangután imposible armado de una navaja de barbero. En la ciudad el hombre, rodeado de otros hombres, estaba paradójicamente solo. Se hizo sombra con las sombras, perdió el afán del viaje y la curiosidad por el mar: se volvió subterráneo o se escondió en las nuevas cuevas de hormigón que se elevaban al cielo.

Dejó de confiar en los señores y temió al mismo tiempo a los lacayos. La ley y el orden saltaron por la borda, quienes se organizaron a su modo crearon sociedades nuevas al margen de las sociedades viejas: nuevos códigos, nuevos retos, nuevos amos, esclavos nuevos. El protagonista de los libros se volvió, por paradoja, más individual, más único, más solo. Lo mismo dio que fuera un abogado, que un policía, o un detective, o incluso un recluso resucitado de entre los muertos.

La ciudad tuvo música y la música fue un saxo. La ciudad tuvo un héroe y el héroe perdía o saboreaba una victoria amarga. Lo acompañaba, como otra sombra, el fracaso. Porque el poderoso siempre estaba al margen, y el sometido siempre pagaba los platos rotos.

Se ayudó, el detective o el policía, el abogado o el recluso redivivo, de su propia voz. La literatura exploró entonces la primera persona. Y la primera persona se cargó de esa característica que los héroes del misterio y la desesperación, quitando a Hamlet, no habían tenido antes: la ironía. El narrador de las historias de la gran ciudad perdía en ocasiones las peleas a puños o a disparos, pero salía triunfante siempre, o casi, con su labia. Frases como martillazos,

sentencias lapidarias, doble sentido que no siempre el lector (ni el destinatario en la ficción de aquellas palabras) pillaba a la primera. Las reflexiones del abogado, o el recluso, o el policía o el detective se volvieron cortantes, sarcásticas, intermitentes como los disparos de una ametralladora Thompson.

Y la ciudad creció y se multiplicó en otras ciudades. Pudo ser al mismo tiempo Chicago que Londres, París que el Berlín entreguerras, Nueva York que Los Ángeles. Porque para quien vive solo y pierde solo, para quien no tiene amigos, ni familia, ni amor duradero (la literatura negra es la más realista de nuestro tiempo) todas las ciudades se parecen, y la ilusión de moverse en sus callejas salta por los aires cada vez que de entre los rincones en sombras sale un hombre con una pistola, o una vampiresa hermosa con carmín en los labios y la muerte en el bolso.

La música de la soledad suena entre los disparos y el tintineo de los vasos de bourbon. Hemos aprendido a conocer esos lugares comunes, a amarlos y desear formar parte de ellos. Porque, como todas las ciudades son una sola ciudad, porque todos hemos huido, como nuestros antepasados, del campo y el pueblo, atraídos por el relámpago y la

quimera, sabemos movernos (o eso se nos antoja) por los laberintos urbanos donde los ricos son tan ricos que parecen dioses y los pobres son tan míseros que parecen demonios.

Víctor M. Ánchel conoce la ciudad y conoce sus músicas. Entiende los engranajes de la narración negra y los dinamita y los mezcla, en un cóctel agitado o batido de otros libros y otros géneros. Stonecraft, el protagonista de esta novela, recoge la tradición del detective solitario, del héroe o antihéroe incomprendido y perseguido. Y le da un sesgo. Lean (o escuchen) ustedes sus retruécanos, capten el doble sentido de sus reflexiones en voz alta, compartan con él el secreto de su persona, de su misterio.

En la ciudad, hay monstruos. Lo difícil es saber quiénes somos nosotros, quiénes son ellos.

Rafael Marín

La coincidencia es el hilo secreto
que mantiene unido al mundo.

Alan Moore, *La Cosa del Pantano*

PRIMERA PARTE

Un cierto tipo de tristeza

Blue Moon
You saw me standing alone
Without a dream in my heart
Without a love of my own.

Richard Rodgers, *Blue Moon*

Una vez estamos perdidos y solos,
hay cosas que nos aguardan donde no hay luz.
Nuestros antepasados no se equivocaban en sus
supersticiones: hay motivos para temer la
oscuridad.

John Connolly, *Todo lo que muere*

Te conocí unas pocas horas antes de mi muerte, hace ya casi ocho años. Claro que cuando desperté aquella fría madrugada de febrero no tenía ni idea de que ambas cosas fueran a suceder, y mucho menos de que estarían relacionadas de un modo tan íntimo. No, en aquel instante, al escuchar por primera vez el impertinente chirriar del timbre de la puerta, apenas sí quedaba en mi cabeza alguna neurona lo bastante sobria como para poder percibir e identificar el sonido cruel que trataba de sacarme a patadas del sueño, de abrirse paso a través de las trincheras que la borrachera y el cansancio habían cavado a mi alrededor durante el día y medio que llevaba dormido. De hecho las trincheras eran tan profundas que al maldito timbre no le fue nada bien en su primer empeño por despertarme.

En el sueño, largo, placentero, profundo como un agujero negro, me dedicaba a disparar flechas sobre el tocón de un pino albar con uno de esos arcos de estilo japonés, largo como una condena perpetua y de curva caprichosa. En lo que llevo de vida jamás he practicado el tiro con arco, y menos aún con un

trasto *japo*; de hecho, lo más cerca que he estado de un arco fue una vez que pasé por delante de la sección de caza y pesca en Paragon Sporting Goods, en el 867 de Broadway con la 18th, un día ya remoto en que buscaba unas botas de montaña de mi talla, y recuerdo que el trasto aquel, pintado con un horroroso patrón de camuflaje, era de los de poleas. Pero el caso es que en el sueño lo de disparar flechas se me daba de miedo y el pobre tocón comenzaba a parecer un puercoespín, o un alfiletero de los de antes.

En el fondo, intuía que cada flecha que salía de cabeza en dirección al corto tronco del pino era una más de entre las piezas simbólicas que darían forma al puzle de mi resaca; y no es que entienda de metáforas con forma de flechas simbólicas, o esté interesado en ninguna mierda freudiana acerca de la interpretación de los sueños, pero digo yo que una buena resaca es lo mínimo que puedes esperar cuando te ventilas botella y media de Jim Beam en apenas un par de horas. El de Kentucky te amansa, te doma dejándote suave y feliz a corto plazo, pero después hay que pagar la factura. Y este tipo de factura es de las que siempre vienen con intereses.

Escuché de nuevo el timbre, aún remoto y amortiguado. Parece mentira, pero gracias a aquel chirrido metálico fallé uno de los tiros. Para que luego digan que en los sueños somos omnipotentes, los reyes de la colina, como decía Sinatra. En fin, tomé otra flecha de mi aljaba imaginaria e inspiré con mis pulmones oníricos para asegurar el blanco: no me gusta perder nunca, ni siquiera conmigo como único contrincante y en una competición que no existe sino dentro de un falso mundo de sueños. Perder es perder, lo mires como lo mires.

El bosque en que me encontraba era denso, una masa verde oscura de frío otoñal compuesta por coníferas, altas como rascacielos, y matorrales de moráceas oscuras salpicadas por pequeñas motitas rojas y negras. En el claro donde se alzaba el tocón del albar también lo hacía una pequeña cabaña cuadrada de madera vieja. Parda a causa de la humedad, de su anodina fachada principal resaltaba una gran puerta de bronce cubierta por el verde azulado del óxido, que pasaba tan inadvertida en aquel lugar como un elefante de color rosa dando saltos dentro de una película en blanco y negro; adosado a uno de los laterales cortos y sin ventanas de la choza alguien había levantado un almacén

bajo, una leñera poco práctica donde descansaban algunos restos de ruedas de carromato y herramientas de carpintería.

Desde hacía al menos tres días visitaba en mis sueños ese mismo bosque, ese mismo claro; pero esa noche de bronca resaca era la primera vez en que hacía algo más que pasar frío y flotar por allí como una hoja de roble. En esa ocasión podía utilizar mis piernas y, además, tenía un arco enorme, el cual constituía en sí mismo una variación agradable. A lo lejos creí escuchar el tañido de una campana, y después un rumor creciente de ladridos y gritos.

No. Lo que escuchaba era el inagotable *ring-ring* de la puerta. O el individuo cuyo dedo se había adherido al timbre poseía la paciencia y el tiempo libre de una secuoya, o había muerto pulsando el interruptor. Nervioso, dejé volar una nueva flecha sin apuntar demasiado; aun así, concentrando mi atención en el proyectil conseguí que corrigiera su trayectoria en el aire hasta que fue a parar al mismo centro del pequeño pedazo de árbol que hacía las veces de diana. Qué diablos, en el fondo me encantan los sueños. Sonreí sin boca, agité una mano inexistente y los dardos clavados desaparecieron del tocón sin dejar rastro. Segunda ronda, señoras y

caballeros; primer clasificado, Frank W. Stonecraft de la ciudad de Nueva York.

A mi espalda los ladridos se intensificaron. Volví la cabeza desviando mi atención hacia el sonido, y al instante atravesé flotando la espesura como una bruma de primera hora. Vi hombres, muchos, armados y con pinta de estar muy cabreados; vi perros de diferentes razas babeando rabia, y también antorchas que a la luz creciente del amanecer servían ya de poco. Y mientras mi sueño se convertía en algo cada vez más extraño, el timbre seguía sonando como si al maldito trasto le fuera la vida en ello. Cuando estás en lo mejor de tus sueños siempre acaba apareciendo un aguafiestas; debe de ser inevitable, una de esas leyes de Murphy como la de la tostada y la mermelada. En fin, tendría que ocuparme del corto muñón de conífera en otro momento, aunque para ello tuviese que engullir otra botella y media de bourbon.

Gemí al tratar de levantarme. Algo en lo más profundo de mis sienes martilleaba como si una empresa de construcción estuviera haciendo reformas dentro de mi cabeza mientras un poco más abajo, abriéndose paso a través de las puertas del estómago, un torrente de bilis comenzaba a inundar

mi boca. Levantarme no era buena idea. Estaba hecho un asco, así que me pareció apropiado gemir de nuevo.

—Ya voy. ¡Ya voy!

Traté de incorporarme por segunda vez, pero no pude. Abrí un ojo y me encontré tumbado sobre el sillón del pequeño cuarto sin ventanas que habilité a mediados de los años ochenta como sala de espera, con uno de mis brazos aplastado bajo el cuerpo y el otro sobre la mesa de café del costado, una de esas modernas que poseen un práctico mecanismo para alzar la tapa de cristal y acercarla al interesado dejándola a buena altura. Aquella chorrada de mesa biónica me pareció una solución muy útil cuando la compré en la tienda, pero lo cierto es que apenas llegué a utilizar el mecanismo. No podía imaginar en el momento de despertar que, al igual que a mí, a la mesa apenas le quedaban unas pocas horas de vida; pero de haberlo sabido tampoco hubiera hecho nada al respecto: era una mesa horrorosa.

El sillón sobre el que estaba tendido era un tres cuerpos que compré de saldo en Melvin's, en el año 97, y a día de hoy, cuando tantas cosas nos han pasado a todos desde mi despertar resacoso hediendo a bourbon en aquella húmeda madrugada

de febrero, debe seguir anclado en el mismo lugar como uno de esos enormes acorazados a quien nadie puede hundir: aquel maldito bicho de seis patas poseía un relleno tan suave y blando como una bala de cañón y su tapicería, marrón con pequeños diamantes de color crema, era la segunda cosa más fea que haya visto jamás. La primera, tú ya lo sabes, es el amasijo de cicatrices que tengo por rostro y que veo reflejado todos los días sobre la superficie de algún espejo.

Volviendo al sillón, he de reconocer que mis clientes nunca lo utilizaron demasiado; ni el sillón ni el resto de la sala. Pero qué le vamos a hacer, estoy cosido al viejo estilo y soy de los que piensan que uno no puede pretender mantener un despacho de investigación en pleno Manhattan sin una sala de espera en condiciones. Cierto que jamás había recibido dos visitas a la vez como para poder estrenarla haciendo esperar a alguien en ella; tendría que hacer memoria, pero creo que ni siquiera he tenido dos clientes durante una misma semana. Así que acostumbraba a dar uso al sillón siempre que las borracheras me impedían regresar a dormir la mona a Nueva Jersey, donde por aquel entonces tenía alquilado un apartamento. Qué diablos, el relleno

del maldito sillón podía romperme todos los huesos cada vez que me tumbaba encima, pero pensaba amortizar su compra aunque me costase una lesión en la médula espinal.

Y otra llamada al timbre. Larga y ronca esta vez.

—No, si acabarás estropeándolo. ¡He dicho que ya voy!

Me levanté, superé como pude el intenso mareo y vi que mis piernas seguían dentro de los pantalones vaqueros, aunque en algún momento que no podía recordar había desabrochado el primer botón. Acto seguido descubrí que también llevaba encima una americana marrón de pana fina a la cual tenía bastante cariño, además de la camisa blanca con la que me había vestido dos días atrás, tan arrugada como un periódico viejo; todo el conjunto apestaba a bourbon, sudor y humo concentrado. Como siempre.

En la sala de espera no había ventanas, pero como no llegaba luz alguna de la habitación anexa que utilizaba como oficina supuse que todavía era de noche. O, peor aún, que había anochecido de nuevo. Y ahora que caía en ello, ¿cuánto tiempo llevaría dormido? Bajé la mirada y me encontré con el grueso abrigo de paño negro que utilizaba en

invierno hecho un auténtico buñuelo; me gustaba mucho aquel abrigo, así que no me hizo ninguna gracia descubrir que lo había utilizado como almohada. Carne fresca de tintorería, como todo lo demás. Lo que no vi por ningún lado fue la corbata, una preciosidad negra con diminutas cruces blancas de Hugo Boss que atesoraba para los mejores momentos y que era con diferencia la mejor pieza de complemento que tenía en mi guardarropa.

—Voy a matar al del timbre —murmuré dolorido. Hablaba en serio, alguien iba a pagar por la pérdida de mi corbata.

Deslicé la mano con los dedos abiertos por entre los cabellos revueltos; demasiado largos, pensé, recordando que un mes atrás ya lo estaban. Cerré con fuerza los ojos tratando de despejarme y fui hacia la entrada del apartamento. Al ruido de mis pasos el del timbre decidió desistir y aguardar, un cambio agradable a juicio de mis sensibles sentidos machacados por el alcohol y la resaca. Sabiendo todo lo que sé acerca de este perro mundo debería acostumbrarme a mirar por el pequeño ojo de buey, por pura precaución, o a pasar la cadena y abrir un palmo de puerta; pero si no lo hago cuando estoy sobrio, menos aún aquella noche en que ni estaba de

humor para precauciones ni tenía el cerebro como para pensar en ellas. Así que tomé la manija y abrí sin más para toparme con una de las mujeres más bonitas que jamás hayan visto estos dos ojos. Hola, hola, hola.

—¿Es usted Stonecraft?

—Ajá.

—¿El detective?

—Eso es lo que dice ahí —logré murmurar mientras señalaba con un dedo la dorada plaquita situada junto a la puerta que luce con letras negras mi nombre—. Investigador privado. Buenos días, o noches, o lo que sea.

—Buenas noches, señor —dijo surgiendo de alguna parte la profunda voz de barítono de Manuel, uno de los porteros hispanos del edificio. Manuel era un tipo simpático, una extraña mutación de mexicano coronado por cabellos tan rojos como el pétalo de una rosa. A sus cincuenta años, con la piel cada día más clara, el portero parecía más irlandés que la cerveza Guinness. Aunque en aquel momento no vi ni el pelo rojo ni al resto de Manuel: aquella tipa era un eclipse, un agujero negro que atrapaba dentro de sí cualquier otra luz.

—Buenas noches, Manuel.

—La señorita dice que es cliente suyo.

—¿Ah, sí?

—Eso dice.

—Se ha dejado las llaves fuera —dijo ella sin sonreír.

La muchacha era morena, con el cabello negro azabache tan liso como una barra de acero. Era bastante alta, rondaría el metro ochenta con calzado deportivo, y aparentaba unos veintipocos años; vestía uno de esos tops ceñidos de color negro y escote generoso que se utilizan hoy día para hacer deporte y que el Congreso debería institucionalizar, además de un pantalón de perneras cortas, piratas los llaman, de una tela elástica tan negra como su pelo y tan ceñidos a sus piernas como el top a su torso. Las deportivas que calzaba también eran negras como la noche, algo nada sorprendente en una mujer que parecía no saber que las prendas de ropa se fabrican en algún que otro color más. Dejando de lado su afición por el negro, era indiscutible que andaba demasiado ligera de ropa como para salir a la calle en un mes de febrero tan frío como aquel; o le importaba un carajo el frío, o había salido de su casa con precipitación. Tal vez las dos cosas.

La pálida piel de sus brazos y rostro parecía sal al contraste con el negro absoluto de ropas y cabellos. Lo único con color en todo el cuadro era el más hermoso par de ojos verdes que pueda uno imaginar: grandes, redondos, dos selvas circulares con motitas doradas en el centro brillantes como una mañana de julio. Me pareció que permanecían demasiado abiertos tras sus párpados temblorosos, así que pensé que aquella muchacha debía de estar asustada.

—Todo bien, Manuel. Llevo toda la vida esperando a un cliente así.

—Si usted lo dice —asintió el portero, sonriendo hacia la morena—. ¿Sabrá encontrar la salida, señorita?

—Me las apañaré. Pero gracias de todos modos.

—Entonces, buenas noches —dijo regresando a los ascensores.

—Las llaves —repitió la muchacha señalándolas, mientras clavaba la mirada en mi rostro horrible cubierto por irregulares cicatrices de todos los tamaños, grosores y colores. Hoy sé que no era yo quien le daba miedo, pero en aquel momento ladeé la cabeza tratando de ocultar mi cara entre las sombras. Como hago siempre.

—Las llaves, sí —dije a mi vez. Las recuperé de la cerradura—. Gracias, señorita...

—Williams. Helen. ¿Puedo pasar?

—¿Está hablando en serio?

—¿Cómo dice?

—Olvídelo. Por supuesto que puede pasar, señorita Williams.

Abrí del todo la puerta acorazada y desplacé el cuerpo hacia un lado, dejando espacio libre. Helen Williams me contempló con curiosidad; después miró hacia atrás durante unos segundos y, al fin, esparciendo a su paso una fragancia compuesta por esencia de azahar y jazmines, un perfume delicado con el que no acababa de cubrir el espantoso hedor antinatural que brotaba desde las entrañas de su esbelto cuerpo, entró en mi oficina.

La mujer aguardó rígida como el palo de una escoba a que yo cerrase la puerta. Allí, tesa como estaba, parecía parte de la decoración del corto pasillo que desemboca en la sala de espera. Introduje la llave en la cerradura y di dos vueltas por dentro, algo que jamás hago; por el rabillo del ojo vi cómo suspiraba, ya más relajada. Siempre me ha asombrado el modo en que estos seres de pesadilla utilizan el aire: apenas sí necesitan algo para hacer vibrar sus cuerdas vocales, pero se empeñan en respirar como si siguieran vivos. La fuerza que tienen las costumbres, hay que ver.

—¿Por aquí? —dijo señalando la puerta acristalada que cerraba mi despacho.

Asentí y ella la abrió y entró sin encender la luz. La seguí, lamentando aquel olor compuesto por la habitual combinación de humo, bourbon, sudor concentrado y ambiente cerrado; si lo que pretendía era causar una buena impresión me estaba luciendo. Cuando llegué hasta la puerta, Helen Williams se había asomado al alargado ventanal que cubría casi por completo la pared del fondo, tras mi sillón,

vigilando la noche. Al verla allí frente a la ventana, quieta, hermosa, no pude evitar una sonrisa: un despacho repleto de sombras en la noche, un investigador privado aficionado a proferir metáforas absurdas y chascarrillos pretendidamente ingeniosos, una preciosa mujer comportándose como un cervatillo asustado. Diablos, aquella situación apestaba a estereotipo de los grandes. Carraspeé.

—Me gustaría encender la luz —murmuré—. Si no tiene inconveniente.

—¿Podría correr las cortinas? —dijo sin volverse.

—Ya me gustaría, pero si deja de prestar atención a lo que sea que está mirando verá que no hay cortinas. La decoración no es cosa mía: cuando me siento en ese sillón de ahí me cae la luz del día a plomo en el cogote y, créame, no es nada agradable. Pero el despacho es alquilado y el arrendador lo quiere mantener tal como está. Si lo prefiere podemos hablar en la sala de espera —alcé los hombros—. En serio, tengo una sala de espera, ¿sabe? Creo que todo investigador privado que se precie de serlo debe tenerla. Soy muy del viejo estilo y... El caso es que allí no hay ventanas.

Asintió sin hablar, así que abandoné el despacho y entré de nuevo en la pequeña salita. Pulsé el interruptor y señalé el sillón.

—Disculpe todo este caos. He estado trabajando en un caso complicado hasta tarde y me dormí en... Bueno, ahí en el... Lo que no entiendo es a qué puede deberse este olor a bourbon. Por favor, siéntese en el sillón. Es bastante cómodo —mentí—. Acercaré una silla para mí.

No dijo nada. Volví al despacho y tomé una de las dos butacas que descansan frente a la mesa maciza de caoba que uso como parapeto ante determinados clientes. En cierto modo, ante todos los clientes. Cuando regresé la mujer estaba de pie junto a uno de los estantes, deslizando el dedo por el lomo de los libros.

—Tiene usted una interesante selección. Y ahí tiene partituras. ¿Qué es lo que toca?

—El piano. Tengo un teclado eléctrico, muy buen tacto y con salida de auriculares. Practico en mi apartamento, en Jersey. Aquí no tengo espacio para meterlo.

—Kafka —dijo asintiendo sin dejar de acariciar mis libros—. Y Kawabata.

—¿Quién?

—Kawabata. Ramsey y Rankin. Tiene dos libros por letra.

—Es una manía.

—Coetzee, y Cormac McCarthy. Si pretende mantenerlos ordenados alfabéticamente, estos dos están mal.

—No, la mayoría son parte de la decoración y los adquirí en forma de lote. Ya sabe, libros con autores raros para que los clientes piensen que soy más listo de lo que parezco.

—No le creo.

—No conozco a la mitad de esos tipos, en serio — dije mintiendo de nuevo, con la voz rota por la resaca. No tenía por qué hacerlo, leer no es algo de lo que avergonzarse incluso cuando uno se dedica a lo que yo me dedico. Pero mis reacciones se movían desde lo incoherente a lo abiertamente estúpido—. Aunque ése del tal McCarthy sí lo ojeé. Iba de un psicópata, no estaba mal.

Ella sonrió por primera vez. Al hacerlo, la habitación entera se iluminó como si hubiese amanecido dentro. Le devolví la sonrisa sin pensar, lamentándolo al instante. Para mi sorpresa, no reaccionó como es habitual; de hecho, no reaccionó de ningún modo. Poca gente se enfrenta a una de

mis sonrisas sin que le mude la expresión a causa del miedo, o el asco. Aun así, hizo lo que hacen todos. Preguntar.

—¿Qué le ocurrió a su cara? —Dirigió la mirada al suelo—. Discúlpeme. No sé si...

—No es un problema, descuide —dije sonriendo de nuevo.

Y no lo era. Poseo un repertorio bien nutrido de historias distintas con las que explicar el origen de mis cicatrices. Con el tiempo he comprendido que la real es demasiado inverosímil, así que prefiero ahorrármela. Pero delante de aquella espléndida mujer me quedé en blanco, sin saber cuál de todas contar, deseando dar con una lo bastante interesante que me dotara de un cierto perfil heroico. Por desgracia, la perspectiva de caer dentro de su escote me hizo perder el control y comencé a hablar antes de darme cuenta de que había escogido una de las opciones más aburridas: la jodida historia del policía herido que acostumbraba a utilizar cuando tenía prisa.

—Verá —dije—, antes de dedicarme a la investigación privada era policía, de la Metropolitana. Casi todos los que acabamos metidos en esto empezamos así, ya sabe, como polis normales

de... Aunque mi trabajo era más bien técnico –mi estúpida verborrea se había animado y ahora parecía imparable–. Era artificiero y, según parece, no de los buenos: una bomba casera con dos kilos de metralla compuesta por tuercas, tornillos con cabeza de estrella y llaves Allen me estalló delante. Sobreviví, y aunque hicieron lo que pudieron para reconstruirme el rostro y dejarlo como estaba, la verdad es que antes de la bomba... bueno, digamos que antes de la bomba mi cara no parecía un boceto cubista.

Suspiré por enésima vez en menos de un minuto. Mentía, sonreía, llenaba mis líneas de diálogo con puntos suspensivos... Odio los puntos suspensivos, joder. Si seguía así, la presencia de aquella tipa me haría babear de un momento a otro.

Volvió a sonreír.

–Con todo, tiene usted los ojos más extraños que jamás he visto. Son de colores distintos.

–Sí, eso dicen –asentí. Había tenido que fijarse en mis ojos, mira tú por dónde–. En realidad es culpa del reflejo de las perillas de luz, que... ¿Quiere... le apetece algo de beber?

–No creo que la luz tenga nada que ver. Uno es azul, y el otro marrón. Y el azul parece algo más grande.

—¿En serio? Vaya. ¿De qué estábamos hablando?
Ah, sí, ¿qué me dice de la bebida?

—No se moleste —dijo al tiempo que tomaba asiento en el sillón.

—No es molestia. Acabo de despertarme y algo tendré que desayunar. ¿Bourbon? ¿Ginebra? ¿Cebada fermentada?

—¿Desayuna bourbon?

—No siempre.

—No siempre. Buena respuesta.

—¿Le preparo uno?

—No, la verdad es que trato de no beber alcohol, aunque aceptaría un poco de leche, o agua.

Depositó la silla al otro lado de la mesita de café y asentí en silencio sin dejar de mirarla. Unos segundos después regresé al despacho y tomé un par de vasos del aparador. La verdad es que no suelo ofrecer bourbon a los pocos clientes que pasan por el despacho, y mucho menos cuando aún no lo son; no está el negocio como para andar despilfarrando el combustible. Pero sentía cierta curiosidad por saber por qué la chica no quería luz en mi despacho y qué es lo que buscaba en la noche a través de la ventana; así que una vez con los vasos en la mano me dirigí a la pequeña nevera que oculto bajo la mesa, saqué

una bolsa de leche entera y escancié la mitad en cada vaso. Dejé ambos sobre la mesa, tiré el plástico a la basura y me acerqué a la ventana.

Aquella noche de febrero del año 2004 era oscura, y poseía una densidad fuera de lo común gracias a las brumas que sufría Manhattan desde principios de semana a causa de una extraña borrasca. La luna, casi llena, apenas resultaba visible a través de las densas nubes negras y de la espesa manta de niebla que atenazaba la ciudad; una ligera capa blanca de escarcha, alimentada por el agua nieve que caía desde el atardecer del día anterior, se había formado sobre los techos de los contados coches que alcanzaba a ver aparcados desde el sexto piso del Barrie-Wilde Building. Todo lucía una extraña cualidad borrosa, sin definir; las farolas sobre las fachadas eran puntos de luz rodeados de perfectas orlas perladas, las escasas ventanas iluminadas parecían pozos brillantes cercados por la oscuridad y los ocasionales vehículos que a aquella hora se atrevían a circular dejaban atrás estelas de humo blanco y luminoso, como si la luz de los faros quedara atrapada por la niebla y no lograra seguir al resto del coche. Busqué el reloj de pared situado sobre mi viejo archivador de hierro lacado en verde;

marcaba las tres y cuarto de la madrugada. Enfrente de mi edificio, junto a la oficina de FedEx, en el lugar donde se reúnen para fumar en los descansos los desgraciados que distribuyen paquetes durante nueve horas sin que les dejen matarse a voluntad quemando algún que otro cigarrillo, vi estacionado un viejo ford cinco puertas que no me resultaba familiar. Parecía un Crown Victoria de finales de los ochenta, rojo oscuro, tal vez marrón, con el capó humeando vapor y su dueño sentado al volante. Por cierto, estaba aparcado en una zona prohibida. Mal hecho.

—¿Quiere algo de comer? —pregunté sin perder de vista el vehículo a sabiendas de que iba a negarse—. Tengo por ahí un poco de pan de molde, aceite de oliva virgen, italiano, muy rico, y una tostadora.

—No, gracias —dijo de pronto, justo detrás de mi oreja derecha.

—¿Conoce al tipo del coche? —pregunté sin volverme. Confiaba en que Helen Williams no hubiese percibido mi estremecimiento: no la había oído llegar, pero al menos evité ponerme a dar saltitos del susto por toda la habitación.

—No lo conozco. Yo diría que me sigue desde hace dos o tres noches. Aunque no estoy segura.

Dejé la ventana. Ahora ella estaba de pie junto a la mesa, con uno de los vasos de leche en las manos. La escasa luz que entraba en el despacho a través del doble cristal moteaba de tímidos brillos las sombras que velaban su bonita cara; parecía una de aquellas actrices de las películas sin color de los años cuarenta. Su expresión de miedo era imposible de ocultar. La angustia que anegaba aquellos preciosos ojos verdes con pequeños destellos dorados, también.

Tomé el otro vaso.

—¿Es eso lo que le preocupa? ¿El tipo del coche?

—No. No... —negó con la cabeza—. En realidad, no sólo él.

—Explíquese.

—Mi marido —en aquella historia había un marido. Vaya por Dios. Un puñal se clavó en mi corazón y todas esas mierdas poéticas—. Hace tres noches que no vuelve a casa.

—Comprendo.

—No creo que comprenda nada de nada. August no es de esos, ¿sabe?

—No estoy insinuando nada.

—Me pareció que sí.

—No, puede creerme. En cualquier caso, y también ahora puede creerme, ninguno es de éstos hasta que lo descubro siéndolo.

Dio unos pasos hacia la puerta, pensando. Bebió un poco.

—Nos sentimos muy unidos —otro puñal afilado—. De un modo especial. Usted estará al tanto de cuáles son nuestras costumbres, así que sabrá lo que significa eso.

—Al tanto de sus costumbres —vacíé el vaso de un trago—. Si he de serle sincero, no me interesan demasiado sus costumbres. Intento conocer lo imprescindible de todo eso que usted llama «sus costumbres» para desarrollar bien mi trabajo y poder sobrevivir una noche más, pero eso es todo.

—Demuéstrelo.

—¿Cómo dice?

—Demuestre que sabe lo que tiene que saber —dio un paso hacia mí. Me retaba, aunque lo hacía llevada por el miedo más que por cualquier otra consideración—. Escuche, hace dos días que no descanso. Yo no soy como August; él es fuerte, pero yo no. Siento que no puedo fiarme de nadie en esta ciudad. ¿Cómo sé que usted es lo que dicen que es, o que no trabaja para... para...?

Helen enmudeció. Yo sabía que estaba pensando en Runnagate, pero era incapaz de pronunciar el nombre del alcalde de la comunidad antinatural de Nueva York, de su Amo, el tipo que gobernaba a todos los Bannerworth a través del miedo y la sangre. Yo lo sabía, sí, y supongo que debería haber aliviado su tensión; pero no me gusta que me desafíen, así que permanecí en silencio sin dejar de mirarla a los ojos. Después de unos segundos alcé las cejas.

—¿Para quién?

—Disculpe —dijo con la voz reducida a un susurro.

—Usted sabe quién soy y a qué me dedico. Por eso ha llamado a mi puerta a estas horas. Que yo sepa no tengo contratado ningún anuncio que promocione mis servicios en el canal de teletienda, y tampoco aparezco en el apartado de investigadores privados de la guía de teléfonos; seguro que quien le dijo dónde encontrarme también le habló de mí, y no sólo de lo que hago. Ya ha visto mi cara, ¿es como se la han descrito, o aún peor? Porque no creo que en Manhattan haya mucha gente con una cara como ésta subida encima de dos metros y quince centímetros de humanidad. Y, por cierto, ¿quién le dio mi dirección?

—El propietario de un club de jazz del Village donde trabajo. El señor Clever.

—No lo conozco.

—Me dijo que usted... Yo... Por favor, necesito estar segura. Llevo demasiado tiempo escondiendo lo que soy, entienda que me asuste hablar de mi condición o de... él. Está prohibido pronunciar el nombre del Amo en público, necesito asegurarme. Tiene que entenderlo: necesito asegurarme.

Contemplé su rostro tallado en marfil, el pelo azabache que brillaba incluso bajo aquella exigua luz, las manos crispadas alrededor del vaso, el cuerpo delineado en sus contornos por una ropa negra que, más que cubrir, desnudaba. En ese instante hubiera dado cualquier cosa por ser aquella ropa.

—No tengo que entender nada en absoluto. Todavía no es mi cliente.

—Le pagaré bien.

—Si acepto trabajar para usted me pagará la tarifa habitual. Así que trate de relajarse y dígame qué es lo que espera de mí.

—Necesito que alguien me ayude —dijo con un hilo de voz—. Tengo miedo, no sé qué puedo hacer.

—Vayamos a la sala de espera; estaremos mejor sentados. Hablemos allí.

—Por favor —imploró. Una lágrima furtiva tiznada en sangre resbaló por su mejilla derecha. Su tonalidad rosada me provocó un escalofrío—. Demuéstreme que sabe. Por favor.

No sé cómo logré apartar la mirada de sus ojos brillantes y verdes, ni cómo conseguí apartar la imaginación del resto de su cuerpo; pero me sorprendí tomando su vaso, dejándolo sobre la mesa, apartando un mechón azabache de su frente e indicando con la mano izquierda la puerta que comunicaba el despacho con la salita. Aquella mujer no necesitaba confirmar nada, sino sentir confianza en algo. Necesitaba un saliente donde agarrarse y le hubiera servido cualquier cosa. Tomé aire.

—Usted pertenece a la noche, por expresarlo de algún modo. Es un ser antinatural, aunque el término que ustedes prefieren es el de «extraño». Una extraña, en concreto, un vampiro que vive gracias a la sangre y para la sangre. No sé qué tipo de vampiro, no llego a tanto, pero eso no importa. Puede ingerir líquidos, agua o leche —dije alzando su vaso—. Alcohol, zumos, en fin, ya sabe. Pero no los digiere y acaba por regurgitarlos porque usted ya no

es humana, sino un maldito chupasangres. Uno más dentro de la familia del alcalde Runnergate Bannerworth. Ahora volvamos a la otra habitación y dígame de una vez qué es lo que le preocupa.

Toda la tensión acumulada dentro de su cuerpo delgado se desbordó de golpe, dejando de sostenerla; cayó de rodillas sobre el suelo enmoquetado de mi despacho, rota de dolor y alivio. En menos de un segundo, sin transición aparente, su piel de marfil se tornó oscura y cuarteada como la carne de un lechón asado al contraerse sobre músculos y huesos; los dedos, ahora delgados y largos, se crisparon como garras y las encías, al replegarse secas como el esparto junto al resto de la piel, dejaron a la vista una desigual fila de largos y amarilleados colmillos: la horrorosa cáscara muerta que era la verdadera faz de aquel ser dejó atrás, muy atrás, el falso aspecto de mármol y talco mientras Helen Williams exhalaba un desbocado alarido, vencida por el miedo, abandonada por fin al llanto.